

la noche belga

escritos sobre alienación y violencia

halley margon



kriller71 ediciones / Colección Mula Plateada #16
<http://kriller71ediciones.com>
info@kriller71ediciones.com

coordinación aníbal cristobo
asesor editorial fruela fernández
asistente marina miravet cristobo

la noche belga halley margon
traducción aníbal cristobo
edición aníbal cristobo, halley margon y lorena carrasco
revisión y asistencia editorial lorena carrasco y maría dolores garcía
revisión de la traducción mercedes sánchez-marco

imagen de portada tamires z. costa
isbn 978-84-127399-3-0
depósito legal B 17454-2023

© halley margon, 2023
© de la traducción aníbal cristobo, 2023
© de esta edición, aníbal cristobo, 2023
Todos los derechos reservados.

Imprime Estilo Estugraf Impresores, S.L.
Este libro está realizado con papeles certificados FSC®, elaborados a través de materia prima obtenida en bosques sostenibles, todas las empresas que intervienen en la transformación de la misma están debidamente registradas, cumpliendo con todas las normas de medio ambiente vigentes en la CEE



la noche belga
escritos sobre alienación y violencia

halley margon

traducción de aníbal cristobo



la noche belga

• *desapariciones*¹

Durante el tiempo en que escribí este libro, entre noviembre de 2019 y octubre de 2020, un millón cien mil personas murieron a causa de un virus desconocido y un cáncer inconcebiblemente agresivo mató a un amigo muy querido. Cuando empecé a escribirlo, y también antes, en el instante en que la necesidad de hacerlo me llegó como una especie de señal de alarma, ni el virus que atacó a todo el planeta ni el cáncer que en pocos meses acabó con la vida de mi amigo habían dado siquiera indicios de estar ahí, a punto de cruzar el umbral.

*

Un día de mediados de noviembre de un otoño excepcionalmente lluvioso aquí, en el norte de la Península Ibérica, mientras estaba solo en la carretera, recibí una llamada de John. No contesté —estaba conduciendo y ya había anochecido, aunque no eran más de las cuatro de la tarde—, solamente vi quién era en la pantalla del móvil. Ya me llamará más tarde, pensé. Seguí conduciendo y me olvidé del asunto. Poco después, cuando volví a casa, me envió un mensaje de texto que decía: “Tengo una noticia algo desagradable que necesito compartir contigo”. Eso fue un domingo por la noche. A media tarde del lunes le escuché dar una versión lo más detallada y científica posible sobre la gravedad de la enfermedad y decir que resistiría hasta el último segundo. Era una decisión contra lo imposible, pero él quería llevarla a cabo. Y eso fue lo que hizo. Lo cierto es que ninguna ciencia del mundo podía salvarle.

*

1 Epílogo a la versión original de *A noite belga* (Editora 7Letras, 2021).

Al principio no me daba cuenta. Creo que tardé dos o tres semanas en enterarme. Pero era demasiado obvio como para que no ocurriera: desde la llamada no contestada en la carretera, a raíz de un presentimiento o de un malestar inexplicable pronto confirmado por la realidad, una pieza clave se había movido dentro de mí y había producido un giro y un estado de emergencia sobre los que no tendría ningún control. Era como si hubiera caído en el vórtice de una corriente.

*

Este libro es el resultado de ese giro y de ese estado de emergencia, y del inmenso dolor por la pérdida de un amigo querido. Y al referirme a la emergencia me doy cuenta de que, allí fuera, los países se vieron obligados de una u otra manera a someterse al Estado de Emergencia (a veces utilizando diferentes nombres para referirse a la misma figura jurídica, pero con un significado idéntico o muy cercano: el de la presencia de una situación límite, de una amenaza a la supervivencia de la civilización).

*

La última vez que oí la voz de John estaba a punto de recibir otro cóctel de medicamentos en el hospital donde intentaban salvarle la vida. Era sábado. Llamé a su móvil sin saber dónde estaba ni si podría contestar. Me respondió con su voz de siempre, firme y vibrante —como si la enfermedad no existiera ni la muerte estuviera a punto de llevárselo. Hablamos unos minutos, pronto llegaron los médicos y se disculpó por tener que colgar. Fue a finales de mayo. Isabel me recuerda que hacía exactamente dos años él y Judith habían venido a visitarnos a Barcelona.

Pero eso fue después.

Porque el libro nació antes de eso. Sin forma ni definición. Ase-
xuado. Y sin embargo estaba ahí. Tan presente como un ser vivo.
Una ameba. Un tumor. Una necesidad irrevocable que se movía
como un bólido desbocado y que cuanto más se movía, más ener-
gía acumulaba —y más desesperación. Miedo a no realizarse.
Miedo a extinguirse.

*

El vórtice de la corriente al que me refería más arriba se había for-
mado probablemente en un momento indeterminado anterior a
aquellas dos tragedias, tal vez incomparables entre sí, pero atadas
la una a la otra dentro de mí, germinando invisiblemente, poco a
poco, en el transcurso de dos viajes que, solo ahora puedo darme
cuenta, fueron mucho más que el desplazamiento físico de un
punto a otro impulsado por la voluntad y la conciencia. La noticia
transmitida desde el otro lado del océano por la voz decidida de
aquel ser querido en medio de una batalla a priori perdida contra
la muerte fue sólo una de las partes invisibles del combustible
que alimentó el impulso.

*

Al principio, imaginé que emprender el camino significaría lle-
gar a nuevos mundos y paisajes. Estaba tan dispuesto a dejarme
llevar por los encantos de ciudades y rutas desconocidas como,
supongo, lo están los pulmones de un feto a punto de abandonar
el útero para dejarse llevar por el aire del exterior —con todos los
impactos posibles, daños, dolores o traumas que esto pueda aca-

rrear. El viaje en sí debe contener auténticas enciclopedias. Imagino que también por eso viajaban nuestros antepasados. Viajar, para bien o para mal, siempre ha sido una parte constitutiva del ser humano. Salir de un útero, sea cual sea, sea cual sea su dimensión y naturaleza, sea uno o sean varios, y dirigirse hacia fuera, lejos del origen o de los orígenes, de los vivos y de los antepasados, redefinir las fronteras, romper barreras carcelarias. La historia cuenta innumerables viajes en los que se descubrieron horizontes ocultos, desafiaron la comprensión y, finalmente, proporcionaron herramientas para desentrañar los misterios y enigmas de la existencia. Ampliaron las distintas posibilidades de la vida —aunque también provocaron la muerte e hicieron desaparecer civilizaciones enteras, las destrozaron.

*

Lo que aún no sabía era que esos dos viajes me llevarían no sólo a un mundo nuevo para mí, sino también, sin querer, de vuelta al pasado que me esforzaba por dejar atrás. También fueron muy subjetivos. Un poco por casualidad, la trayectoria del primer viaje apuntaba al norte. Seguía, por tanto, la misma dirección que la de mi partida: desde el hemisferio sur hasta la parte situada por encima del ecuador. La diferencia era que esta vez me movería en el universo delimitado por un único continente, y en una geografía donde los contornos de la historia eran, a grandes rasgos, muy distintos de los que definían el mundo del que procedía. Uno es hijo del otro (me refiero a esos dos viajes), igual que, haciendo una comparación torpe, el llamado Nuevo Mundo es hijo de la Europa de los descubrimientos y las navegaciones y de la historia que los precedió. Lo que, en el tiempo, separa al primero del segundo es poco más que unos días. En cuanto a la trayectoria, también había una diferencia: ahora, el deseo (abrupto e irreprimible) me mandaba seguir rumbo a Oriente. Los separaba todo un universo, aunque estuvieran umbilicalmente unidos. Pero yo entonces desconocía tanto una cosa como la otra.

*

No hacía mucho había dejado atrás Brasil para instalarme en España, decidido a no volver. Era como si hubiera hecho un entierro simbólico en forma de un decreto de la voluntad. Se trataba de enterrar los residuos del pasado para intentar nacer de nuevo —o, como hacen las serpientes, cambiar de piel para permitir que el cuerpo siga expandiéndose y no muera.

*

Cuando partí, a principios de 2018, el ahora expresidente Bolsonaro no era más que un francotirador salido del bajo clero del Congreso Nacional, un *outsider* ultraderechista medio loco y bastante tocoso al que yo (y mucha más gente) no veía en absoluto con posibilidades reales de presentarse a presidente. A finales de octubre, cuando se abrieron las urnas, se alzó como el mandatario en jefe de la República. No fue, sin embargo, la elección del *Mito* (como empezaron a llamar a Bolsonaro sus seguidores a partir de cierto momento) lo que hizo irrespirable para mí el aire de Brasil, con especial intensidad en la zona de Río de Janeiro donde vivíamos. Era algo anterior y que yo conocía muy de cerca, por mi propia familia y por mi clase social. Eran los grandes propietarios en sus diversas mutaciones, mucho más sofisticados que Bolsonaro, que han controlado la sociedad brasileña de arriba abajo a lo largo del tiempo. Los *señoritos* y la cultura disuasoria que engendraron y que, como un virus, incorporaron a la vez los captores de esclavos y buena parte de los sirvientes. Tratar de interrumpir, aunque sea precariamente, esta cadena de poder es incurrir en un delito capital merecedor de la execración pública y de las penas de la ley. Los años anteriores a las elecciones de 2018 son prueba de ello.

*

Desde mediados de 2022, el editor me había pedido que completara esta introducción. Por diversas razones se pospuso. Ahora me parece una predestinación. En el momento en que escribía este párrafo, la prensa de casi todo el mundo se hacía eco del asalto,

el domingo 8 de enero, de miles de rabiosos bolsonaristas a la sede en la capital brasileña de los tres poderes de la república. Y a pesar del duro y prácticamente unánime rechazo de la opinión pública y de las instituciones del país (parlamento, tribunal supremo, ejecutivo, medios de comunicación, etc.), así como de los gobiernos de prácticamente todos los países del mundo a los golpistas, todavía es difícil afirmar con certeza que volverían a casa resignados a la derrota en las urnas. Hubo elecciones democráticas, hubo un ganador, el resultado fue proclamado por aquellos cuyo deber era proclamar el resultado, el elegido tomó posesión de su cargo según la liturgia conocida y esperada. Pero ¿qué les importa la realidad a los furiosos bolsonaristas?

*

Desde siempre, los viajes tienen o pueden tener significados casi infinitos. Los delirantes recorridos del caballero de la triste figura. El regreso a casa del héroe griego. El viaje como huida del prisionero o del esclavo que rechaza la servidumbre. Las exploraciones marítimas para el descubrimiento y la exploración del Nuevo Mundo. Las peregrinaciones religiosas y las guerras de conquista. El viaje sin retorno de los emigrantes miserables en busca de riqueza o para escapar de la justicia de los ricos. Los refugiados de las guerras. Los senderos insondables del *serial killer* a la caza de sus víctimas.

*

La corriente, pronto se verá, la corriente era la carretera. El flujo incesante de materia irreconocible hacia el interior del cuerpo que su movimiento había capturado.

*

La carretera que estaba allí multiplicándose en posibilidades casi infinitas para responder aparentemente a la demanda de viajar a todas partes (el sueño por definición del viajero o del que quiere

escapar) conducía, sin embargo, a ninguna parte. El destino aparentemente antagónico (a ninguna parte y a todas partes) suele ser el mismo, tener el mismo sentido. Era el propio destino, una geografía de la negatividad absoluta, donde lo que cuenta es la circulación perpetua.

*

La carretera ya no permite ver nada. Lo que deja ver es sólo su propia realidad, circular y autista. Nos atrapa y ciega con sus tremendas iluminaciones.

*

Este libro es la narración de un viaje hacia el exterior. O es el resultado de varios viajes. Y es, al mismo tiempo, un viaje en sí mismo, un viaje en varias direcciones y con varios significados. Y lo que salió a la superficie bajo la forma de este libro fue lo que ya estaba dentro de mí como memoria y experiencia, mi posible singularidad, mi visión o sentimiento del mundo. Esperanza y desencanto —o la acumulación de desencantos enterrando lentamente las esperanzas.

*

La mudanza a España (y a Europa), en cierto sentido, fue una mudanza hacia fuera. Hacia el interior de lo que para mí era la historia. La génesis de lo humano. La compleja formación de esa gran epopeya que ahora todas las señales indican que parece cerrarse. Engullida por la gran luz blanca que nos ciega al mismo tiempo que nos atrae y nos arrastra.

*

Al menos así se diseñó como deseo.

*

No sé si fue la carretera y el desencanto que me había provocado lo que me hizo reunir los elementos, los hechos y las emociones de la forma en que lo hice más tarde, cuando regresé a mi nueva casa (o cuna) e inmediatamente comencé la escritura de este libro. Echando la vista atrás ahora, la carretera, una y otra, la primera hacia el Norte, la segunda hacia el Este, lo que parece haber hecho es actuar como una especie de máquina de condensación.

Hubo otros viajes anteriormente. Y todos ellos seguían perfectamente grabados en mi memoria. De la forma que fuera, allí estaban. La primera de esas mudanzas fue de una ciudad de un estado del interior a la gran metrópoli de un país que, después de todo, en aquella época² aún podía considerarse un país de interior. Luego, del entorno familiar a un lugar lejos de éste, para incorporarme a una comunidad elegida por mí, no por el destino. Y, después, el viaje intelectual y moral hacia un sitio aún más lejano: de la clase social a la que pertenecía a los márgenes de otra. Y, en un flujo que parecía imparable, de la universidad a la fábrica, de la vida de estudiante a la de obrero por voluntad y determinación políticas. Esto fue a mediados de los años setenta. En Brasil, lo que mandaba entonces era una dictadura militar. La consecuencia casi inmediata de esta última decisión en el marco de un régimen policial fue el paso de la vida dentro de las normas sociales y de la legalidad en la que vivían los ciudadanos y las ciudadanas de a pie y mis compañeros de universidad cuyos nombres me vi obligado a olvidar desde entonces y cuyas direcciones tuve que borrar, a la clandestinidad y al mundo de las sombras, una existencia casi invisible.

*

Debían ser carreteras corrientes las que me llevasen desde la Península Ibérica hasta Bélgica y un poco más allá. Y luego las otras, cuyo destino era Odesa, pero que se detenían abruptamente an-

² La palabra *globalización*, que traduciría mejor sus efectos en la vida de las personas y en el planeta si la sustituyéramos por *homogeneización*, no había adquirido aún la relevancia que pronto tendría.

tes de que pudiera cruzar las fronteras de la Europa oficial, antes incluso de llegar al corazón de los Balcanes. Simples carreteras, entidades físicas, construcciones de ingeniería que permiten el desplazamiento de vehículos y personas. Algo tan común y banal como una casa, la casa que nos cobija. Así que fue un *shock* de dimensiones demoledoras cuando mi cuerpo se fue dando cuenta (porque eso es exactamente lo que ocurrió) de que eso, esas carreteras experimentadas e imaginadas durante toda mi vida, ya no existen. Han sido devoradas por aquello para lo que estaban destinadas, se han convertido en pura circulación. Un tejido compacto de funciones y derivadas y vectores matemáticos. Lo que una vez fue materia es ahora una sombra fantasmal, o más bien, una concentración de luz y energía. Líneas coloridas en una pantalla de GPS. Cálculos de distancias y valores intangibles.

*

No importaba la carretera que tomase, cualquiera que fuera el rumbo —norte u oeste, sur o este, de un hemisferio al otro— la carretera era siempre esa, la misma siempre, girando alrededor del *umbilicus* maligno, metafísico, sin permitir desplazamientos, atrapando a los que creían poder acceder a ella para ir de un lugar a otro, de una pequeña ciudad a una metrópolis o viceversa, a mundos diversos, paralelos, contradictorios, incompletos y/o paradójicos, encantados con riquezas, aromas y colores. Nada de esto existía ya, fuera quien fuera el viajero, la mudanza, la diferencia, la posibilidad de morir para volver a nacer. Todo formaba parte de un engaño planetario. Un ardid.

*

El libro hablaría de ese engaño, de ese ardid, de desencantos y de esperanzas enterradas. *Estaba escrito*: todo eso estaba ya escrito. Pero evidentemente yo no lo sabía todavía. Los dos viajes, esos dos trayectos que tenían algo, o tanto, de alucinatorio y de suicida, me hicieron expulsarlo hacia la superficie.

• *movimientos que se oponen*

Florenia tenía alrededor de 100.000 habitantes en 1342. Es *la ciudad* en el momento de las “primeras luchas sociales serias... que tuvieron lugar bajo la tiranía del duque de Atenas”¹ y que desembocaron en la revuelta de los Ciompi tres décadas después. Es más grande, más rica y está más poblada que París, Londres y Roma. Algunos dicen que tuvo tasas de escolarización que en el resto de Europa e Italia solo se alcanzarán en el siglo XX. No importa que entre la muerte de Giotto (1337) y el momento en que Masaccio pinta *La Trinidad* (1427-28) la ciudad padezca al menos medio siglo de catástrofes, incluida la mortífera peste negra de 1348. Lo cierto es que parece estar destinada a la gloria y la posteridad gracias al arte de sus ciudadanos. ¿A qué más puede aspirar un pueblo?

*

“La benigna madre naturaleza, cuando hace que alguien sea excelente en alguna profesión, no suele hacerlo sólo con esa persona, sino que, al mismo tiempo y en la misma región, con frecuencia hace a otra que compita con ella, de modo que al emularla una pueda aprovechar la virtud de la otra e impulsar con excelencia las artes en las que trabajan, en beneficio del universo... Tanto es así, que Florenia produjo al mismo tiempo a Filippo (Brunelleschi), Donato (Donatello), Lorenzo (Ghiberti), Paolo Uccello y a Masaccio, excelentes todos...” Así comienza Vasari el texto donde se refiere a Masaccio en su clásica *Vida de los grandes artistas*.²

-
- 1 Simone Weil, *Un levantamiento proletario en Florenia en el siglo xiv*.
 - 2 Giorgio Vasari, *Vida de los grandes artistas*.

bajo el esqueleto...

La muerte “lo llevó a la edad de XXVI años”, en 1428. Poco antes, Masaccio entregó el inestimable encargo que le habían hecho para la iglesia de Santa Maria Novella.

*

En la base de la pintura, el esqueleto está coronado por una inscripción:

Io fu già quel che voi sete: e quel chi son voi ancor sarere
“Yo fui una vez lo que eres: y quien soy, tú también lo serás.”³

el tamaño de cada una

Roma, que en la época de Masaccio era más pequeña que Florencia⁴, había llegado a albergar, en el inicio de la era cristiana, a más de un millón de personas. “Si pensamos en una población total de 1,4 millones de personas en la Roma de Trajano (98-117 dC), probablemente no estemos lejos de la verdad”, dice Robert Hughes⁵. Quinientos años después, cuando Constantinopla “comenzaba a convertirse en la ciudad dominante de Europa”, su población no

3 *La Trinidad* de Masaccio fue descubierta en 1861, y solo la restauración realizada noventa años después reveló la existencia del esqueleto que yacía en el sarcófago.

4 Refiriéndose al siglo XVI, Edward Gibbon (*Decline and Fall of the Roman Empire*) dice que “la población de Roma, numéricamente muy inferior a la de las grandes capitales de Europa, no superaba los 170.000 habitantes”. Este número es una sobreestimación. En 1526, no había más de 85.000 romanos residiendo en la ciudad (ISTAT —Instituto Nazionali di Statistica en Wikipedia—).

5 Robert Hughes, *Roma: una historia cultural*. También Mary Beard: en “63 a.C. la ciudad de Roma era una gran metrópolis de más de un millón de habitantes”, *S.P.Q.R.*. Y Joel Kotkin, *La ciudad: una historia global*.

superaba el medio millón de habitantes.⁶ Menos de la mitad, por tanto, de los que residían en la sede del imperio en sus tiempos de gloria. Pero por entonces, en el siglo VI, en plena decadencia, tras las invasiones del norte, Roma no dejaba de perder habitantes. Se dice que contaba sólo con cincuenta mil. En 1870, tenía poco más de doscientos mil. La metrópolis de más de un millón de habitantes en la época de Augusto (y de Cristo) sólo sería alcanzada nuevamente por una ciudad europea a principios del siglo XIX: Londres, en plena revolución industrial. En el apogeo de Roma, Jerusalén albergaba a poco más de 100.000 personas.⁷

la fama de cada una

Birmania no tendrá la fama de Roma. Pero una escena filmada allí se puede ver en todo el mundo: también está en el documental *El Venerable W* de Barbet Schroeder, de 2017. Lo que muestra esta escena captada en la ciudad de Meiktila, en marzo de 2013, es un cuerpo humano caído en la calle. A la distancia parece estar en llamas. Junto a la cámara que está filmando, se acerca un grupo desordenado de personas, caminando a paso acelerado, algunos corriendo. En la siguiente imagen el grupo ya ha llegado hasta el cuerpo. Ahora se puede ver que la mitad del cuerpo está sobre el asfalto, la otra parte sobre el pavimento de tierra. Y está en llamas. Son los brazos y las piernas y el torso de un hombre que se retuerce agonizante. Son los últimos espasmos de vida. Las llamas ya están prácticamente extinguidas.

⁶ Joel Kotkin, *La ciudad: una historia global*.

⁷ Reza Aslan, *El Zelote. La vida y la época de Jesús de Nazaré*, y Karen Armstrong, *Jerusalén*.

Quedan dos focos, uno en la pierna derecha, el otro, más grande, entre el hombro y la cabeza. Los que lo rodean y lo miran tienen cachiporras en la mano. Se oye una voz que dice “déjenlo morir”. La muchedumbre (un grupo informe de adultos y adolescentes) contempla cómo se extinguen las llamas como si se tratase de una vela que se apaga. Son budistas linchando a musulmanes del modo en que les resulte posible.

Birmania es un país del sudeste asiático formado por más de 100 grupos étnicos, que limita con India, Bangladesh, China, Laos y Tailandia. Tiene una superficie de 676.578 kilómetros cuadrados y una población de 54 millones de habitantes.

Roma

No podríamos decir que la Roma de César, Augusto o Adriano fuese más civilizada que la Birmania del siglo XXI. Tampoco sería correcto decir que el tipo de violencia que se muestra en el vídeo sea exclusivo de Birmania. Prender fuego a las personas y disfrutar viendo sus cuerpos arder hasta el último aliento no es privilegio birmano. Los romanos fueron quizás los primeros en hacer de la muerte un espectáculo. Estaba el circo, y el circo romano se organizaba con miras al asesinato, la eliminación física del otro y de los hombres por las fieras. El Coliseo (Anfiteatro Flavio) sigue allí, junto al Foro Romano, casi intacto, en una espléndida fotografía del pasado. Se entrenaba a los cautivos para luchar entre sí hasta la muerte en el centro de la arena para el gozo de plebeyos y patricios. Los mejores ganaron fama. Espartaco (113 a. C.-71 a. C.), el más conocido entre ellos, lideró la primera rebelión de esclavos de la que se tienen noticias. La revuelta espartaquista barrió el imperio de arriba abajo y le dio al sistema de poder de la República romana un tremendo

dolor de cabeza. Las guerras eran permanentes (como lo son ahora), las conspiraciones siempre mortíferas, los conflictos internos se resolvían constantemente al filo de la espada. Los asesinatos eran frecuentes, incluso en el escenario más honorable de la República, el Senado. Cuando Caio Graco intentó evitar que su legislación reformista “fuera desmantelada, sucumbió víctima... de un grupo... de senadores”. Los cadáveres de sus seguidores aparecieron flotando en el Tíber (como los cadáveres de los aliados de Salvador Allende asesinados por Pinochet flotando en el río Mapocho y mostrados en esa escena de puro horror en *Desaparecido* de Costa-Gavras). Corría el año 121 a.C. y dos décadas después “otros reformistas fueron asesinados a golpes en la misma sede del Senado” por la banda de los conservadores.⁸ No, la Roma de hace dos mil años no debe haber sido mucho más *civilizada* que la pequeña Meiktila a principios del siglo XXI, o que la Carolina del Norte en Estados Unidos en la primera mitad del siglo XX. En Roma también se mataba con mucha naturalidad. Lo que sí, tal vez, variase, fuese la motivación para matar. Y, quién sabe, los criterios para acabar con la vida del otro también fuesen diferentes. Los romanos mataban o mandaban matar, por ejemplo, por diversión. Pero no por supuestas diferencias étnicas, a las que no prestaban la menor atención, no por el color de la piel, que tampoco les importaba, ni por temas religiosos, que también los tenían sin cuidado. Entonces, en ciertos aspectos, quizás podrían considerarse ligeramente más *civilizados* de lo que somos ahora. No es que fueran perfectos. ¿Hace dos mil años...? Lejos de eso. ¿Y que no quemaban a la gente y que les diese asco si alguien lo hacía? Entonces, como aquí y ahora, ya existía esa costumbre tan humana y tan arraigada.

(El historiador Robert Hughes cuenta la siguiente historia sobre el emperador Cómodo (hijo de Marco Aurelio, gobernó desde el 180 hasta el 192 d.C.) —exacto, el encarnado por Joaquin Phoenix en la película *Gladiator* de Ridley Scott.

8 Mary Beard, *S.P.Q.R. Una historia de la antigua Roma*

“Disgustado con uno de los esclavos que le servía como ayudante de baño, que le había preparado un baño con agua demasiado fría, ordenó a otro esclavo que quemase vivo al esclavo descuidado en la caldera del palacio. El esclavo quemó una piel de cordero en lugar de su compañero, y el olor de la piel quemada engañó al emperador”.⁹

Al final, nadie fue quemado. No ese día. Pero se libraron por los pelos.

un carro una lámpara un arado

Debían de existir en Italia “entre un millón y medio y dos millones de esclavos a mediados del siglo I d.C., lo que constituía quizás algo así como el 20% de la población total”.¹⁰ Existen diferencias importantes entre la esclavitud en la antigua Roma (y en la antigüedad en general) y aquel sistema esclavócrata que operó durante cuatrocientos años al servicio de la colonización del nuevo mundo, valiéndose de la población nativa africana. Pero al menos en uno de los elementos que los caracterizaba coincidían: se transformaba al ser humano en una cosa, una herramienta como cualquier otra, un arado, un carro o una lámpara para iluminar los pasillos.

⁹ Robert Hughes, *Roma. Una historia cultural*.

¹⁰ Beard, *op cit.*